

# **Notas/Notes**





## El traje nuevo del Emperador en el Jardín del Edén y otras salvajes suposiciones

### Problemas con las teorías de Chagnon

Stephen Corry

Recibido: 23/11/2013. Aceptado: 23/12/2013 / Publicado en línea: 18 marzo 2016

*El último libro de Napoleon Chagnon, Nobles salvajes, es una sinopsis de su trabajo con los indígenas yanomamis de la Amazonía y está escrito para no especialistas. Este antropólogo es una figura clave de la reciente reaparición del mito del “Brutal salvaje”. Él asegura que posee la verdad científica y dice que sus críticos, especialmente aquellos que han trabajado con los mismos indígenas, quitan importancia a su violencia. Corry muestra cómo Chagnon hace aseveraciones infundadas, cita a fuentes dudosas, tergiversa sus propios datos y se contradice a sí mismo. Corry señala la cercanía de Chagnon con las autoridades estadounidenses y cómo su promulgación del “Brutal Salvaje” refuerza la de los misioneros fundamentalistas. El autor argumenta que las caracterizaciones de Chagnon no son científicas y sí peligrosas.*

The Emperor's new suit in the Garden of Eden, and other wild guesses.  
Problems about the Chagnon's theories

El sermón de Jared Diamond y de Steven Pinker (que la “guerra” es “crónica” en la mayoría de sociedades indígenas, así como en las prehistóricas, y que disminuyó con el advenimiento del estado) se basa en buena medida en Napoleon Chagnon y sus ideas sobre los yanomamis. Es el antropólogo más polémico de Estados Unidos y de haber hecho en su vida algo más que promocionar sus estudios sobre esta tribu amazónica (que él llama “*yanomamō*”<sup>1</sup>), es difícil imaginar que Diamond o Pinker hubieran tenido ni remotamente la misma fuerza con su mito del “Brutal Salvaje”.

En este sentido, el nuevo y ampliamente conocido libro de Chagnon, esta sarcásticamente titulado *Noble Savages: my life among two*

<sup>1</sup> Los “yanomamis” es el termino usado para agrupar a varios subgrupos que hablan lenguas muy próximas y en gran medida mutuamente inteligibles. Varios antropólogos han ideado diferentes opciones, entre ellas “yanomami”, que se ha convertido en el término que emplea casi todo el mundo excepto Chagnon y sus seguidores. Ahora los propios indígenas también lo usan a menudo cuando hablan con foráneos. Chagnon, por el contrario, los llama “yanomamō”, usando el acento para modificar la pronunciación. Es el término con el que se autodenomina el subgrupo con el que él trabajó principalmente, y él lo usa para los yanomamis en general.

*dangerous tribes* - the Yanomamö and the anthropologists (2013 New York: Simon & Schuster en traducción libre Nobles salvajes: mi vida entre dos peligrosas tribus, los yanomamö y los antropólogos) y puede ser considerado como parte de una trilogía que completan las obras de Diamond y Pinker. Aunque el libro, publicado en inglés, llegó a las librerías con claras intenciones de ajustar cuentas retrospectivas con los muchos críticos de Chagnon, sus revelaciones son cruciales para el renacimiento del “Brutal Salvaje”, y por ello debe ser examinado en detalle.

Antes de hacerlo, dejemos cerradas algunas cuestiones. La menos importante de ellas es que confunde dos organizaciones, Survival International y Cultural Survival, aunque esto ya muestra una deficiente verificación de datos. Vale detenerse en este aspecto que tiene una larga data. Chagnon incluye entre sus críticos al ya fallecido David Maybury-Lewis, director de antropología social en Harvard y fundador de Cultural Survival, una organización que al principio tuvo su base en el Peabody Museum de la universidad. Chagnon sugiere que, en 1987, Cultural Survival “tal vez... consideraba el Fondo para la Supervivencia de los Yanomamö [de Chagnon] como un competidor a la hora de conseguir donativos porque intentaron denigrarlo”. En la siguiente frase, confundiendo claramente Cultural Survival con Survival International, Chagnon continúa: “El presidente de la filial estadounidense de Survival International era Terence Turner”. La confusión es aún peor, ya que el siguiente párrafo comienza así: “Otra ONG, Survival International...” Terence Turner no se convirtió en el “presidente de la filial estadounidense de Survival International” hasta pasados más de veinte años del periodo sobre el que habla Chagnon. Es muy fácil verificar todo esto, y uno se pregunta por qué Chagnon no lo hizo durante los muchos años que empleó en escribir el libro. Casualmente he sido incapaz de averiguar qué hacía el “Fondo para la Supervivencia de los Yanomamö” de Chagnon. Le pregunté al respecto en 1993 y él respondió (con fecha 29 de octubre de 1993) que estaba escribiendo un documento en el que explicaba los objetivos y por qué había mantenido “un perfil bajo durante los últimos 3 años”. Dijo que me lo enviaría, pero nunca lo hizo. Volví a preguntarle en 2000 y contestó que por qué estaba preguntando “por algo tan antiguo”. Le expliqué por qué el 26 de septiembre de 2000, pero nunca recibí respuesta. Le pregunté otra vez en 2013, mientras preparaba este artículo, pero tampoco recibí contestación.

El aspecto más sorprendente de Chagnon es su estilo de vida. Requiere cantidades prodigiosas de “cosas”, incluyendo muchos más “artículos para comerciar” de los que la mayoría de antropólogos considerarían necesarios o podrían permitirse. Hay clara conexión con su

financiamiento inicial, proveniente de su participación en un programa de la Comisión para la Energía Atómica de Estados Unidos con un presupuesto de 2,5 millones de dólares<sup>2</sup>. Los muchos objetos que lleva al campo se concentran principalmente de gran número de hachas de acero, machetes y ollas para cocinar, que usa para pagar a los yanomamis a cambio de la información que busca. No suele ser sutil: por ejemplo, cuando viaja con su curiara a motor también carga su barca de metal, más o menos al estilo de una gran caravana que transporta un coche pequeño. Necesita “portadores” (mi palabra, no la suya) yanomamis para transportar todas estas cosas, así como para construir sus casas y que hagan sus recados. Les da órdenes sin darse mínima cuenta de que es un invitado en su territorio. Al contrario, constantemente los presiona para que cumplan con su voluntad (ver, por ejemplo, Chagnon, *Noble savages* 2013: 39, 63, 162, 188, 287).

No se lo pone fácil, ni a ellos ni a sí mismo. Tiene que llevar, o hacer que le lleven, sus comidas en conserva (por ejemplo sardinas, atún, mantequilla de maní, galletas, avena, chocolate, leche en polvo, café, etc), incluso hasta las zonas más remotas. Además de una cámara, él necesita una Polaroid con sus aparatosos y caros carretes; en vez de una escopeta, él necesita dos. Aun en el caso de que quisieran emularle, pocos antropólogos contarían con tales recursos.

Otra sorpresa es que, para alguien que siempre se ha promocionado como una especie de Indiana Jones, con frecuencia parece estar desorientado, o incluso completamente perdido. Es honesto al respecto: no logra que los insectos no se metan en su mantequilla de maní y que no le salgan hongos en su taparrabos, se enfada cuando los indígenas le gastan bromas y consigue hacer enfadar a casi todo el mundo. En ese sentido, entre muchos ejemplos, léase el siguiente “En varias ocasiones he sido perseguido por la comunidad: personas iracundas que blandían garrotes y antorchas, personas que estaban muy enfadadas porque yo había intentado fotografiar acontecimientos específicos, especialmente cremaciones”. (Chagnon 1974: 111).

Adicionalmente, los yanomamis tienen motivos de sobra para estar consternados, entre otras cosas por el enfoque en la recolección de datos de Chagnon, que se centra en sus enemistades. Como admite el propio Chagnon, en un libro anterior, la decisión de hacerlo “fue un punto de inflexión en mi trabajo de campo. Desde ese momento comencé a aprovecharme de las discusiones y enemistades locales a la hora de seleccionar a mis informantes” (Chagnon 1968: 12). Los antropólogos cuestionan desde hace tiempo esta metodología; ver por ejemplo el

<sup>2</sup> El programa tenía como objetivo recopilar información genética para compararla con la de los supervivientes japoneses de la bomba atómica.

artículo de M. Sahlin “Jungle Fever” publicado en *The Washington Post*, *Book World*, 10 de diciembre de 2000, p. X01. En su último libro, Chagnon admite que “los yanomamö no querían que supiera sus nombres... [y]... no querían que los usara en público”. Estaba “decidido a entender su sistema social... pero ellos estaban igual de decididos a esconder esos datos”. (Chagnon, *Nobles salvajes* 2013: 52) Acaba “escribiendo a rotulador un número en sus brazos para asegurarse de que cada persona tenía solo un nombre y un número de identidad” (Idem: pp. 156–157). Obviamente no entiende por qué a alguien esto le podría parecer mal. Como guinda, Chagnon casi dispara a un niño indígena, le echa la culpa a su pistola y reacciona quedando “muy agitado”... ¡Y no se está refiriendo al niño! No podemos sino rezar para que los maestros de escuela equipados con armas de fuego estén mejor entrenados y no quiten el seguro cuando apuntan a alguien con su arma, a no ser que quieran matarlo.

Su libro no estimula la empatía de demasiadas personas con la humanidad de los indígenas, o con la de Chagnon mismo: ninguna de ellas es especialmente evidente. Todo esto es relevante porque Chagnon siempre se ha erigido como el actor principal en su trabajo de campo, supuestamente calumniado de forma injusta, malinterpretado, no querido. En su último libro, el lector aprende mucho más sobre los infinitos problemas del antropólogo que sobre los indígenas, al margen de lo desagradables que son muchos de ellos.

Por supuesto, nada de esto implica que sus teorías sean o no correctas. Aunque incluso si uno piensa que lo son, nadie puede negar que Chagnon hace extrapolaciones de conjeturas claramente sin fundamento.

Por ejemplo, no explica cómo pudo hacer dos generalizaciones de gran alcance en su primer día de trabajo de campo en 1964. Al llegar justo después de que finalizara una pelea, pide a su amigo misionero evangélico que le enseñe sus primeras, y tal vez proféticas, palabras yanomami. “No hagas eso. Tienes las manos sucias”<sup>3</sup> (Chagnon 1977 en Chagnon 2013: 21). Inmediatamente decide que “la guerra nativa... era una amenaza crónica” (el énfasis es suyo) y que “la mayoría de las discusiones y peleas yanomamis comienzan a causa de las mujeres”. Se pasa el resto del libro, y de su vida, de hecho, tratando de probar esta arrolladora percepción, llevándola mucho más lejos, y concluyendo que “parece” que así es como eran todas las sociedades tribales hasta que perdieron su estado “prístino”. Aparte de sus estudios de parentesco de algunas comunidades yanomamis, ¿cómo sostiene un dictamen de tal peso sobre la historia de la humanidad?

<sup>3</sup> Chagnon no menciona que un misionero evangélico lo acompañó en su primera visita, sino que dice que “no había absolutamente ningún misionero presente... en los tres primeros meses que viví entre los yanomamö” (Chagnon, 1977 en Chagnon 2013: 21)

Empecemos retrocediendo hasta 1968, cuando Chagnon aseguró sin lugar a dudas (en su primer libro) que los yanomamis practicaban el infanticidio de niñas, y que por tanto debían pelear por las mujeres porque no había suficientes para todos. Nótese, por ejemplo, esta afirmación: “Como es evidente, en la población yanomamö hay más hombres que mujeres. Este dato demográfico es el resultado de la práctica de matar selectivamente a niñas bebés: infanticidio femenino (el subrayado está en el original)... Muchas mujeres matan a su niña recién nacida solo para evitar decepcionar a sus maridos” (Chagnon 1968: 74-75). No proporcionaba ninguna evidencia de esto, lo que no sorprende, porque no era cierto: como ocurre en la mayoría de sociedades, los yanomamis también matan bebés muy ocasionalmente<sup>4</sup>, pero no seleccionan especialmente a niñas. Aunque Chagnon repitió su afirmación sobre el infanticidio femenino en la segunda edición de Yanomamö (1977), la abandonó por completo seis años después. Al respecto, Chagnon explica que había “dejado de publicar acerca del infanticidio yanomamö” porque era “un problema ético” (1992: 93). En 1985 le pidieron que diera su opinión sobre el tema para un informe del Congreso venezolano y dijo que “nunca había visto a un yanomamö matar a un recién nacido”.

Los estudiantes que confiaron en Chagnon hasta 1983 caerían en el error de creer que los yanomamis practicaban el infanticidio femenino. Aquellos que estudiaron con el mismo libro, pero en ediciones posteriores, no se encontraron con “infanticidio femenino” en absoluto. Aunque uno aceptara que algunas comunidades yanomamis tienen más hombres que mujeres, esto no prueba el infanticidio femenino, como Smith y Smith (1994) apuntan en referencia a los inuits .

Su aseveración más generalizada en la actualidad también es ambigua: a veces es una probabilidad, otras veces es algo más definitivo, pero en cualquier caso parece tener dos caras. La primera parte, se supone, es indiscutible: “Las evidencias arqueológicas revelan pruebas abundantes de que las luchas y las guerras eran comunes antes del origen del Estado político y, en gran parte de América, anteriores a la llegada de los europeos”. En lo que respecta a “luchar”, nada que objetar: “común” es lo suficientemente vago como para que sea imposible debatirlo, aún y cuando no es posible que “las evidencias arqueológicas” puedan revelar la frecuencia.

El que hubiera “guerras” o no como tales es otra cuestión. Algunos piensan que eso no comenzó hasta después de la invención del estado,

<sup>4</sup> Para una respuesta al estereotipo negativo de indígenas amazónicos en otro contexto, pero también en relación con el infanticidio, ver: <http://assets.survivalinternational.org/documents/740/entrevista-corry-hakani.pdf>.

pero eso depende de qué se entienda por “guerra”<sup>5</sup>. En todo caso, todo el mundo sabe que las luchas y la guerra fueron, con toda seguridad, extremadamente comunes después de que aparecieran los europeos.

Chagnon sigue en clave evolucionista: “Parece que las mujeres eran un botín en aquellos casos en que se han encontrado juntos un gran número de esqueletos, víctimas de masacres”. En resumen: el asesino se queda con la chica.

Sólo da un ejemplo: Crow Creek, en las Grandes Praderas, donde casi 500 de estas víctimas fueron enterradas alrededor del año 1325. Chagnon dice que hay lagunas en el recuento de cuerpos: faltan muchos niños y chicas adolescentes. Él decide que “lo más probable” es que hayan sido capturados y que, “presumiblemente”, las chicas se hayan convertido en “compañeras extra para sus captores”. No explica por qué utiliza tales calificaciones (“parece ser”, “lo más probable”, “presumiblemente”) cuando su tesis depende de que este sea el caso preponderante a lo largo de la historia. De hecho, es el único motivo por el que lo menciona en su capítulo titulado “Conflictos sobre mujeres” (en Noble Savages 2013).

Luego, curiosamente, recita tres confesiones: “No sabemos directamente qué tan comunes eran las peleas por mujeres en el pasado...” (el énfasis es suyo); los yacimientos como el de Crow Creek son “poco frecuentes” (de hecho, es un caso único al ser, con diferencia, la mayor masacre conocida en Norteamérica, anterior a la llegada de los europeos); y “los relatos etnográficos, con frecuencia, no dicen nada acerca de las peleas por mujeres, incluso cuando éstas tienen lugar mientras el antropólogo está presente”. Su omnisciencia sobre lo que otros antropólogos encubren es, por decirlo sutilmente, sorprendente, o tal vez lo que quiere decir es simplemente que “la mayoría no mencionan las luchas, pero no dejemos que eso nos estropee la teoría”.

Apartándose de lo que él asegura que es evidencia directa, dirige su atención a relatos indirectos sobre las peleas por las mujeres, y ofrece solo dos ejemplos: los escritos de los conquistadores españoles y los del preso William Buckley, que escapó al interior de Australia en 1803 y posteriormente narró sus historias sobre los aborígenes. El libro resultante, de 1852 (también citado por Pinker<sup>6</sup>), fue un intento por ganar algo de dinero al final de la vida de Buckley. Incluye afirmaciones que son claramente inventadas, o al menos erróneas<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> Ver, por ejemplo, D. Fry, 2013: pp. 1–22.

<sup>6</sup> J. Morgan, 1852 [1979].

<sup>7</sup> Buckley asegura, por ejemplo, haber visto e intentado cazar la criatura mitológica llamada “Bunyip”. Pensó que los aborígenes lo iban a cocinar, cuando en realidad solo estaban preparando comida para él (Morgan, 1852 pp. 18, 28). ¡Confundió una ceremonia de bienvenida con preparativos para matarlo! (p. 34).

Puesto que nada de esto es muy convincente, regresemos brevemente a la evidencia “directa”, la aparente ausencia de niñas y adolescentes muertas en Crow Creek. En primer lugar, no es en absoluto una certeza: es difícil determinar tanto la edad como el género a partir de los restos, algo que los arqueólogos ya han señalado. En segundo lugar, de haber un desequilibrio también podría haberse visto reflejado en la población viva: no estaban en un gran estado de forma, tal vez como consecuencia de la falta de comida a causa del cambio climático. En cualquier caso, incluso si diéramos a Chagnon el beneficio de la duda y en efecto asumiéramos que hay falta de chicas entre los restos de esqueletos, también podría explicarse de diferentes maneras. Podrían haber huido o haber sido enviadas lejos cuando se temió un ataque, o tal vez fueron capturadas como esclavas, o integradas al grupo atacante, pero no como “compañeras extras”. Tal vez fueran asesinadas, pero sus cuerpos no fueron enterrados, o aún no se los ha encontrado. ¿Quién sabe? Ni yo, ni Chagnon, ni nadie.

Tal y como remarca Larry Zimmerman, el galardonado arqueólogo que dirigió las excavaciones e insistió para que se mostrara el debido respeto a los restos humanos, los intentos de comprender qué ocurrió no son más que hipótesis de trabajo. La que él privilegia en estos momentos es que la masacre podría haber sido el resultado de una creciente competencia por los alimentos, ya que la población creció a la vez que el clima redujo la producción agrícola. Él dice: “Nunca he oído hablar de un grupo que llevara a cabo asaltos con el objetivo específico de capturar mujeres” (comunicación personal, 2013).

La afirmación de Chagnon de que “las mujeres eran un botín” es solo una conjetura suya. Puede que tenga razón, pero si existiera alguna evidencia de que esto era algo común, no nos dice cuál es. De hecho, de haber la más mínima “evidencia arqueológica de que los pueblos antiguos se peleaban por las mujeres” (el subtítulo del capítulo), ésta no se encuentra en Crow Creek.

Hay, literalmente, un mundo de diferencia entre decir que los humanos se matan entre sí, y que uno de los motivos por los que los hombres pelean son las mujeres (afirmaciones ambas banales y obvias), y proponer una afirmación “científica” de que los hombres luchaban “crónicamente”, que la “fuente primaria” de conflicto eran las mujeres y que esto fue una de las claves de la evolución del estado, y, por lo tanto, del mundo en el que vivimos ahora.

Según Chagnon, los que matan tienen más mujeres y más hijos (y nietos, etc.), que los que no matan, y por ende tienen una ventaja genética. La selección genética favorece a los que matan porque la sociedad, o al menos la sociedad yanomami, los recompensa con un mayor prestigio. Supuestamente de ahí venimos todos.

Chagnon nunca ha presenciado un asalto: se basa en lo que le cuentan (a veces, lo que le cuentan misioneros) (Chagnon 1977). Sus conclusiones se fundamentan en sus estudios de 380 hombres yanomamis, de los cuales 137 dicen haber matado a alguien (según Chagnon). Si se suman sus mujeres e hijos obtenemos una cifra total de 1.810 hombres, mujeres y niños, de los cuales 137 (menos del 8%) dicen ser unokais, un término que aclararemos luego en detalle. Ese es el resumen de “veinticinco años de averiguaciones sobre la guerra en los yanomamö”, y parece ser un número total conseguido a lo largo de varias décadas. Los datos se publicaron originalmente en 1988 en la revista *Science*<sup>8</sup>, donde cita 282 muertes violentas “en los últimos cincuenta o sesenta años”. Por abreviar, Chagnon se pasa un cuarto de siglo buscando “guerra” y yendo a donde él cree que es más frecuente, y obtiene como resultado un total de 137 supuestos “asesinos” yanomamis.

¿Hasta qué punto son la norma? Chagnon escribe: “Aproximadamente el 45% de todos los hombres adultos vivos en mi estudio eran unokais<sup>9</sup>, es decir, habían participado en el asesinato de al menos una persona. Es un porcentaje extraordinariamente elevado”. (Del artículo en *Science*, por cierto, se extrae claramente que varios de ellos deberían de haber “asesinado” a la misma víctima).

Lo que Chagnon no menciona en su libro, casualmente, es que muchos yanomamis, entre ellos algunos respetados líderes, evitan los asaltos y las peleas, y que esta postura es aceptada por los suyos.

Antes de continuar, es relevante saber lo que es un asalto típico porque es algo bastante distinto a la impresión que se recoge en el libro, donde la “guerra” es crónica, obsesiva, frecuente y sangrienta. Hace veinticinco años Chagnon describió los ataques yanomamis a lectores académicos especializados: “El número de víctimas por asalto es normalmente pequeño, uno o dos individuos... Normalmente matan al primer hombre que encuentran... el máximo número posible de asaltantes... disparan a la víctima... y se retiran apresuradamente”. Curiosamente, Chagnon parece contradecirse en el mismo párrafo, donde escribe: “Solo uno o dos asaltantes disparan a la mayoría de las víctimas”

<sup>8</sup> Chagnon, “Life Histories, Blood Revenge and Warfare in a Tribal Population” (1988) *Science*, New Series, 239 , 985-992).

<sup>9</sup> El plural de unokai es normalmente unokai pë, pero aquí utilizo “unokais”, al igual que Chagnon, para simplificar.

(Chagnon 1988: 987)<sup>10</sup>. Obviamente es una cosa desagradable, y nadie quiere ser objeto de algo así, pero no es una cuestión de masacres.

Demos un nuevo vistazo al porcentaje que se da en la cita que comento más arriba. El estudio incluye a 380 hombres, de los que 54 aparentemente dicen haber matado a dos o más personas, y 83 que han “participado” en el asesinato de una persona. Como ya he dicho, Chagnon concluye que “los que matan” componen “aproximadamente el 45% de todos los hombres adultos vivos”. Se equivoca: el número exacto, según sus propios datos, es el 36%. Ha inflado el porcentaje en una cuarta parte. Claramente Chagnon está lejos de ser meticuloso con los números. Un ejemplo es que en la tercera edición de *Yanomamö* dice que ha pasado 42 y 41 meses con los yanomamis (pp. ix y 7). Es una diferencia insignificante, obviamente, pero se pueden encontrar fácilmente otras discrepancias en el trabajo supuestamente científico de Chagnon.

De vuelta al porcentaje de la cita, puedes llegar a la cifra de 44% (no 45%) solo si excluyes a aquellos que tienen entre 20 y 24 años, aunque dichos hombres sí están incluidos en las tablas del libro (sus edades, casualmente, son solo conjeturas, como el propio Chagnon indica). Eliminar a los hombres en ese último rango etéreo reafirma la conclusión que Chagnon busca, pero se trata claramente de “forzar” los números. La exclusión total de todos los hombres de menos de veinte años también es un fallo relevante. Algunos jóvenes yanomamis, sin lugar a dudas, se unen a los asaltos, al igual que los adolescentes y preadolescentes luchan en las guerras industrializadas<sup>11</sup>. Si Chagnon los hubiera incluido solo habría conseguido restar fuerza a sus conclusiones.

<sup>10</sup> No es la única vez que Chagnon se contradice. La página web [http://edge.org/memberbio/steven\\_pinker](http://edge.org/memberbio/steven_pinker) (último acceso el 20 de junio de 2013) contiene cuatro conversaciones filmadas con Chagnon. En la primera [38m:27s] Chagnon señala: “No como primates, a pesar de la sangre que sale de mi boca cuando como tapir”. En la segunda [28m: 25s] dice: “He comido mucho mono”. A pesar de haberlas visto más de una vez, no puedo entender que ninguno de los comentarios pueda haber sido un lapsus o un malentendido. Chagnon proclama, en el curso de más o menos una hora, tanto que no come monos como que ha comido muchos. Su dieta es irrelevante, lo que me preocupa es la contradicción. Las grabaciones muestran a tres académicos (entre ellos Pinker) haciendo preguntas sobre su trabajo a Chagnon; son interesantes por otros motivos, especialmente la arrogante actitud con la que los académicos hablan sobre los indígenas, algunas exclusiones de información claras y cómo la “transcripción” que acompaña a la grabación difiere de lo que realmente se dice. Por ejemplo, cuando Chagnon aparece llamando a los indígenas “hijos de puta”, “imbéciles” y “cabrones”, la transcripción lo sustituye por “pueblo”, “tiranos” y “vecinos”. En el video Chagnon llama a los que lo critican “enemigos”, pero esto aparece como “detractores” en la supuesta “transcripción”.

<sup>11</sup> Los niños soldados en África son con frecuencia preadolescentes, así como los que reclutan los talibanes, entre otros. Muchos pilotos de la RAF durante la Segunda Guerra Mundial tenían solo dieciocho años. Hacia el final de la guerra, puede que algunos soldados alemanes tuvieran ocho años, y con toda certeza los había de diez. Los niños soldados y marineros eran algo normal en las antiguas guerras europeas.

En cualquier caso aceptemos los números que nos da como ciertos, pero reformulemos su análisis: la mayoría de los yanomamis no matan, y aquellos que sí afirman haber “matado” solo lo han hecho una vez. Considérese, para sustentar lo que Ritchie asevera: “Ningún yanomamö presumiría nunca de haber matado a un hombre”, (Ritchie 2000: 14).

La muestra total que condujo a Chagnon hasta su teoría sobre la violencia (la panacea para aquellos que promulgan el mito del “Brutal salvaje” por todo el mundo) no sería suficiente para llenar dos vagones de metro. Es más, la práctica totalidad de todos los “asesinos en serie” yanomamis, aquellos que dicen haber matado diez o más veces, eran de una misma comunidad, que tenía la reputación de ser excesivamente violenta. Ocho de los once principales “asesinos” provenían de allí (Chagnon 1988: 927), aunque estos datos no se mencionan en el último libro de Chagnon.

Si excluimos esta comunidad excepcional de los datos, probablemente, las medias cambien bastante, pero no se nos aporta información suficiente para hacerlo.

Entonces, ¿qué nos muestran realmente sus cálculos? El artículo de *Science* (pero no así el libro) dice que hubo 282 muertes violentas en un periodo de entre 50 y 60 años, en comunidades que en 1987 contaban con una población total de 1.394 individuos, y algunas otras en las cercanías<sup>12</sup>. Son un máximo de 5,1 muertes violentas por año, menos del 0,4% de la población. Es una cifra elevada, aunque inferior a la de algunas guerras europeas recientes. En la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, los soviéticos tuvieron proporcionalmente seis veces más muertes que los yanomamis (si hacemos la media considerando el total de la población soviética, y no solo las registradas en zonas de guerra, donde obviamente habrían sido mucho mayor). Recordemos al respecto que, según el planteamiento de Chagnon, los yanomamis supuestamente viven en un estado de guerra crónica permanente.

Han pasado ya casi veinticinco años desde que Brian Ferguson señalara que los datos de Chagnon no demuestran su tesis por otro motivo: omite contar a los hijos de los hombres que han muerto (Ferguson 1995: 361). Por ejemplo: si los indígenas habían matado a alguien que murió habiendo tenido, digamos, solo un hijo (o ninguno), eso también alteraría las medias de Chagnon, y debilitaría aún más sus conclusiones. Se trata de una omisión tan flagrante que el antropólogo Daniel Lende no podía entender cómo el artículo de Chagnon para *Science* superó la prueba de revisión a cargo de otros expertos (ver la sección de comentarios en Antrosio, 24 de mayo de 2013). El hecho de que haya sido criticado por otros científicos debido a su ciencia deficiente, sin embargo,

<sup>12</sup> En cualquier caso, ver nota 21.

es convenientemente ignorado por aquellos que lo recitan como soporte para sus creencias. Chagnon pretende que son sus críticos los que son “anticiencia”, algo que, sencillamente, es falso<sup>13</sup>.

Chagnon respondió a Ferguson que él también había recogido toda la información sobre los hijos de los asesinos muertos, y que la publicaría, pero hasta donde yo sé no lo ha hecho (Chagnon 1989).

Hay una preocupación aún más profunda: ¿mataron realmente a alguien todos los supuestos “asesinos” de Chagnon? Marta Miklikowska y Douglas Fry han señalado un problema con la definición que hace de la palabra yanomami “unokais” como “guerreros que habían matado a alguien”. En realidad, el término incluye a asaltantes que disparan flechas sin que necesariamente hayan dado a un objetivo vivo (por ejemplo, los que disparan a un cadáver), así como a aquellos que echan “conjuros” letales sobre sus enemigos, “matándolos” desde la distancia, chamánicamente en lugar de físicamente<sup>14</sup> (Miklikowska y Fry, en Christie & Pim 2012: 55). También cazar el “doble animal” de una víctima, en vez de al hombre en sí, puede convertir a un yanomami en *unokai*. Dicho de otro modo, a los ojos occidentales no todos los “unokais” son asesinos.

Miklikowska y Fry no paran ahí: citan estudios sobre otros pueblos indígenas tribales, tanto propensos a la violencia como sin violencia ninguna, que llegan a conclusiones completamente distintas a las de Chagnon, a veces incluso contrarias. Los hombres que matan en otras sociedades tienen menos hijos, porque es probable que sus vidas acaben antes de tiempo debido a ataques vengativos. Este es también un esquema básico de la mitología yanomami: los individuos excesivamente violentos acaban por ser eliminados por aquellos cansados de su violencia (Albert, comunicación personal 2013; Wilbert y Simoneau 1990). De un plumazo esto prueba que los datos de Chagnon no se pueden extrapolar a la evolución social en general. Miklikowska y Fry también señalan que, inusualmente en el caso de los yanomamis, los supuestos “asesinos” de Chagnon son de media diez años mayores que los no asesinos, por lo que es más probable que hayan tenido más hijos en cualquier caso.

Gabriele Herzog-Schröder ha puesto de manifiesto otro gran problema con la definición de Chagnon: exactamente la misma palabra, “unokai”, se usa también para un hombre que acompaña a su futura esposa durante el ritual que simboliza su paso de la niñez a la edad adulta (Herzog-Schröder 2000). El término “unokai” también se utiliza para la condición de la mujer durante su primera menstruación. Puesta bajo

<sup>13</sup> Ver, por ejemplo, “Letters: ‘Noble Savages’ en Sunday Book Review, The New York Times, 7 de marzo de 2013, disponible en: [http://www.nytimes.com/2013/03/10/books/review/noble-savages.html?\\_r=](http://www.nytimes.com/2013/03/10/books/review/noble-savages.html?_r=)

<sup>14</sup> Ver B. Albert, “Yanomami ‘violence’: inclusive fitness or ethnographer’s representation” (1989). *Current Anthropology*, 20 (5), 637-640.

lupa, la visión de Chagnon parece menos una meticulosa observación darwiniana y más una caída en desgracia bíblica, con las mujeres como fuente de todos los males. Tal vez no debería sorprendernos que Chagnon piense que “la mayoría de hombres yanomamö se pasan la mayor parte del tiempo tratando de copular con las mujeres disponibles” (Chagnon 2013: 316).

Chagnon afirma inequívocamente, sin explicar cómo lo confirman sus datos, que “la mayoría de las discusiones, peleas y guerras [yanomamis] pueden remontarse en última instancia a los conflictos... sobre infidelidades supuestas o reales de mujeres”. Merece la pena señalar cómo inserta “en última instancia” y “supuestas”, y luego mirar a sus otras afirmaciones que no dicen exactamente lo mismo. Él escribe: “Si tuviera que especificar la causa más frecuente de conflictos letales [yanomamis], sería la venganza por una muerte anterior”; “los yanomamö tienen frecuentes peleas por las mujeres, pero sería inexacto y engañoso decir que ‘van a la guerra’ por las mujeres” (algo en lo que se contradice, por cierto, en su edición de 1977, donde sin dejar lugar a dudas afirma que “unas pocas guerras... comienzan con la intención de secuestrar a mujeres” [Chagnon 1977: 123]); y “las guerras son normalmente el resultado de una acumulación de agravios de muchos tipos”. Consideremos también: “El motivo que los yanomamö dan para sus letales asaltos casi siempre tiene que ver con la venganza por la muerte de alguna persona. Como ya hemos enfatizado en otra parte, ese asesinato previo es con frecuencia el resultado de una pelea por las mujeres” (el énfasis es mío) (En su libro de 1977 da también otra razón: “la posesión de armas de fuego causó guerras donde antes no existían” [Chagnon, 1977: 149.]).

Aunque es un punto clave de su teoría, no parece haberse decidido acerca del papel que las mujeres realmente tienen en estas disputas. ¿Se originan “la mayoría” por las mujeres, o solo “a menudo”? ¿Se lucha en alguna guerra por las mujeres, o no? Si un indígena dice que las “mujeres” son la causa de las peleas, ¿podría en realidad estar refiriéndose a “relaciones de parentesco”, en un sentido más amplio que las compañeras sexuales o matrimoniales? ¿Podría ser que en ocasiones los hombres mencionan este hecho, cuando se los presiona para que den las razones de su beligerancia? No en vano, los hooligans desesperados por comenzar una pelea a menudo echan la culpa a la víctima por haber mirado a su novia. Esto hace que surja una cuestión fundamental sobre si se puede justificar el examinar sociedades de la misma manera en la que se examinan otras especies: comparar lo que las personas dicen hacer con observar directamente lo que los animales en efecto hacen.

Es evidente que las sociedades humanas no se pueden estudiar de la misma forma que los animales. Chagnon lo sabe perfectamente cuando se

trata de comportamiento sexual, pero aparentemente no cuando se trata de violencia. Antes de que existieran las pruebas genéticas, a las que muchas sociedades se oponen, todos los estudios de parentesco eran meramente teóricos porque no todos los padres pueden identificar con precisión a sus propios hijos, y no todas las madres saben quién es exactamente el padre de su bebé. Sabemos que hay hormigas o chimpancés que matan a otros porque los hemos visto o filmado haciéndolo; solo sabemos si gente como los yanomamis han matado por lo que ellos mismos cuentan a los investigadores. Hay varios motivos, obviamente, por lo que estos relatos podrían no ser siempre exactos: las personas se inventan cosas, por prestigio, por vergüenza, por maldad o por sentido del humor; se convencen a sí mismas de cosas que en realidad no ocurrieron, especialmente cuando tienen miedo o están enfadadas, olvidan o se confunden. Además el mundo espiritual puede ser percibido tan real como el tangible. Muchas personas en muchas sociedades, incluidas las industrializadas, no aceptan la noción de una muerte natural, o incluso accidental: con frecuencia culpan a otros (el libro de Chagnon, curiosamente, está dedicado a dos biólogos que estudiaron, respectivamente, grillos y hormigas).

No se trata solo de semántica: Chagnon está proponiendo una teoría sobre la evolución de la vida en sociedad; está en desacuerdo con la mayoría de antropólogos; está tratando de alterar nuestra visión de nosotros mismos, para convencernos de que la sociedad es el resultado de la beligerancia crónica de los hombres: triunfamos porque matamos a otras personas. Puede que él crea que esto es así, pero si se trata de ciencia, él tiene la responsabilidad de probarlo con (¡al menos alguna!) pruebas convincentes.

No hace falta pasarse años en la Amazonía para darse cuenta de que algunos hombres se pelean por las mujeres (y viceversa) y, a pesar de la visión que Chagnon tiene de sus críticos (que supuestamente tenemos una perspectiva romántica de las tribus), no conozco a ninguna otra persona que afirme lo contrario. El desacuerdo no es que tal violencia no exista, sino hasta qué punto es “crónica”, si hay alguna evidencia de que la mayoría de los asaltos tienen su origen en las mujeres y si la tendencia a ser un asesino es realmente producto de la selección natural o no.

Chagnon no utiliza a muchos otros autores para defenderse, pero cuando lo hace, vale la pena apuntar quiénes son. Por ejemplo, cita al evangelista Gordon Larson, que estudió a los danis de Papúa Occidental. Larson recopiló las “causas declaradas” de 179 disputas registradas a lo largo de treinta años. Chagnon presenta su conclusión de la siguiente manera: “La causa más frecuente de estas disputas eran las mujeres, en aproximadamente 73 de los 179 casos (el 41%)”. Se trata efectivamente de una gran proporción, pero, como siempre, podemos expresar los datos de

otra forma muy distinta: la mayoría de las causas declaradas de disputas (casi el 60%) no eran las mujeres. El prefacio de la disertación de Larson dice: “las peleas comienzan principalmente como resultado de un crecimiento de la población”; no menciona a las mujeres en absoluto. Aunque el desequilibrio por género puede ser un factor en el crecimiento de la población, hay muchas otras posibles razones (Larson 1987)

Volviendo a los yanomamis, Chagnon admite que otros antropólogos que han trabajado allí lo acusan “de inventar o exagerar la violencia de los yanomamö”. Menciona en su defensa a misioneros sin especificar y a funcionarios del estado, pero solo cita a una fuente, que él considera “fascinante”. Describe una paliza horrible a una adolescente y un brutal ataque de un hombre a su mujer. Ambos relatos tienen su origen (¿de verdad?) en Mark Ritchie, un negociante de materias primas y evangelista que “se hizo amigo de un grupo de... misioneros” y visitó su base en los años ochenta.

Chagnon no nos lo cuenta, pero no hay ningún indicio de que Ritchie fuera testigo de ninguno de los incidentes que se mencionan en su libro de 1996<sup>15</sup>. Todas las historias provienen realmente del misionero evangélico Gary Dawson. Ritchie no deja esto claro. Al contrario, escribe: “Para presentar la historia [de los indígenas] con autenticidad [sic!], la he contado a través de la mirada del Hombre de la Jungla, uno de sus líderes más carismáticos. Puede que la habilidad de este chamán para meterse en la cabeza de las personas... suponga un problema para los lectores... Me encontré... preguntando: ‘¿Cómo sabías eso, si no estabas allí y [los testigos presenciales] no te lo habían contado?’ Él siempre contestaba lo mismo: ‘Simplemente lo sé’, una respuesta que no supone ninguna confusión para los pueblos de la selva”<sup>16</sup>. Por si pudiéramos tener alguna duda al respecto, el dato se repite: “Incluso cuando no estaba allí, podía sentirlo todo” (Ritchie 2008: 176).

Ciertamente a mí me confunde. Estas historias, repetidas por Chagnon, fueron relatadas a Ritchie, que las tomó de Dawson. Entonces, ¿fue el misionero Dawson un testigo presencial de lo que se cuenta en el libro? Él pasó la mayor parte de su vida con los indígenas y puede que viera muchas cosas, pero parece que originalmente la mayoría de las historias le fueron relatadas por los conversos indígenas (que son, por cierto, los más fervientes a la hora de denunciar sus anteriores creencias). Son “descritos” (presumiblemente con motivos literarios) por alguien llamado “Hombre de la Jungla” que “simplemente lo sabía”. Está claro

<sup>15</sup> Otra historia bastante desagradable repetida por Chagnon, esta vez acerca del infanticidio, procede de Helena Valero y fue anotada por un parasitólogo italiano, Ettore Biocca (Biocca 1969). El incidente que cita Chagnon había ocurrido al menos 75 años antes, y Valero se lo contó a Biocca casi un cuarto de siglo después de que tuviera lugar.

<sup>16</sup> Ritchie 2000: 8.

cuando se lee el libro de Ritchie que este Hombre de la Jungla sabía una cantidad asombrosa de cosas, que incluía lo que la gente experimentaba en el momento de su muerte.

El libro de Ritchie es, de hecho, bastante interesante en cuanto a aspectos de “verdad relativa”. Por ejemplo, él piensa que “gran parte de lo que ocurre en el mundo de los espíritus se confunde frecuentemente en la mente yanomamö con lo que en realidad había ocurrido en el mundo físico” (Ritchie 2000: 270). También dice que algunas cosas “no son admitidas por los testigos presenciales” (p. 274). Parece pensar que el citar la fecha en la que las historias le fueron relatadas al misionero confirma que son verdad. “Cada historia en el libro representa exactamente lo que Hombre de la Jungla y su pueblo han dicho” (p. 245). En una ocasión una “estrambótica” acusación “parece creíble por tres motivos”. El primero es que “la sinceridad, convicción y pasión con la que [el narrador] contó sus historias era bastante convincente” (p. 272). También escribe: “Miré a todas las fuentes a los ojos mientras escuchaba sus historias” (p. 256). Tanto si su libro cuenta la verdad como si no, decir que realmente escuchó una traducción de alguien contando algo, independientemente de su grado de pasión y convicción, no es en absoluto prueba de ello.

Tal omnisciencia rivaliza con la de Chagnon cuando se encontró por primera vez con los yanomamis (como el Hombre de la Jungla, Dawson y Ritchie, Chagnon también aporta relatos gráficos y detallados con precisión sobre asaltos y asesinatos que él nunca presenció) (Chagnon 1977).

Un argumento adicional que no aparece en el libro de Ritchie sino que proviene de un relato sobre una visita que el misionero Dawson hizo a iglesias estadounidenses puede no aclarar nada, pero da pistas acerca de su actitud. Dawson parece respaldar la afirmación de su converso yanomami de que las cartas “Pokemon” de Nintendo son en realidad imágenes de espíritus malvados que los chamanes yanomamis pueden reconocer (Croucher *et al.* 2003). La creencia en el mundo de los espíritus es fuerte tanto entre los misioneros evangélicos como entre los indígenas tribales, pero algunas personas pensarán que vincular fuerzas satánicas a dibujos infantiles es ir demasiado lejos.

El libro pro-misionero de Ritchie, que Chagnon menciona y que cita en varias ocasiones, dice ser un relato de primera mano, pero no lo es (Ritchie 2000). Está tan integrado al género misionero del “Brutal salvaje” que es sorprendente que un antropólogo cualquiera pudiera apenas soñar con mencionarlo en absoluto, y mucho menos para apoyar una teoría del desarrollo humano, o para defender la estereotipación de todo un pueblo. En este sentido, merece mencionar algunos pasajes del libro de Ritchie: los yanomamis (no conversos) se lamentan por su estilo de vida, se quejan

de ir “desnudos” porque no tienen ropa (Ritchie 2000: 61, 140, 186) y de vivir en sus moradas tradicionales porque no saben “cómo construir casas” (pp. 183, 214). El Dios evangélico se aparece como “una luz blanca tan brillante como muchos soles... como el rayo más intenso”. Tiene “una voz enorme”, que expulsa a todos los espíritus de la cabeza de los yanomamis (pp. 216, 228, 261). Cuando Él envía a espíritus a proteger a una comunidad frente a un ataque, son “gentes grandes y hermosas que llevan brillantes camisas blancas hasta los pies” (p. 122).

Lo que es aún más extraño es que Chagnon lo utilice como referencia. Aunque Ritchie le felicita por sus opiniones acerca de la violencia indígena, también acusa a Chagnon del “asesinato espiritual de un niño”, lo que sardónicamente denomina “posiblemente uno de los máximos logros de Chagnon en la cultura yanomamö” (Ritchie 2000: 270).

Así que, para apoyar su retrato del “Brutal Salvaje”, Chagnon solo utiliza a evangélicos o fuentes antiguas, como el convicto australiano, “tal y como éstas les fueron contadas” a otras personas. Dichos relatos fueron escritos desde el convencimiento de que los pueblos tribales deben ser salvajes atrasados. No prueban nada: ¿por qué citarlos entonces?<sup>17</sup> La respuesta, por supuesto, es que todos ellos están de acuerdo con las cuestiones fundamentales.

La Misión Nuevas Tribus, activa con los yanomamis durante años antes de que apareciera Chagnon, sigue siendo una de las organizaciones evangélicas más fundamentalistas del mundo. Hasta que en los años setenta las críticas la obligaron a bajar el tono, rutinariamente describía a muchas tribus con caracterizaciones tan extremas que podrían haber sido tomadas por parodias.

Su revista *Brown Gold* publicaba viñetas con madres indígenas que tiraban a sus hijos en ríos llenos de cocodrilos y que se portaban normalmente como lo haría alguien poseído por Satán (no hace falta decir que sus críticos, como yo, también están aliados con el Maligno). La propaganda de Nuevas Tribus sostenía que sus misioneros iban hasta estas desafortunadas personas, luchaban y finalmente derrotaban al

<sup>17</sup> Pinker y Diamond también citan a fuentes coloniales antiguas para apoyar sus ideas. Diamond, por ejemplo, se refiere al relato de un sacerdote del s. XVIII sobre los nativos de California. Además de a Buckley, Pinker cita a un peregrino del Mayflower (S. Pinker 2012: 82) y dice: “Aunque se nos ponen los pelos de punta cuando leemos que los colonos europeos llamaban salvajes a los pueblos indígenas y criticamos con razón su hipocresía y su racismo, no inventaron semejantes atrocidades”. Se trata de una negación increíblemente ingenua de la realidad y ubicuidad de la propaganda en el colonialismo y la guerra. Por ejemplo, es bien sabido que las historias acerca de algunas atrocidades del s. XX son inventadas; hay innumerables ejemplos. Como un general dijo supuestamente tras la Primera Guerra Mundial, “para hacer que los ejércitos sigan matándose entre sí es necesario inventar mentiras sobre el enemigo”. Pinker decide crear la vetusta propaganda antes que a los antropólogos contemporáneos que no están de acuerdo con sus conclusiones, a los que despacha mordazmente con un “antropólogos de la paz”.

Anticristo, salvando (a algunos, pero con frecuencia no muchos) indígenas para la eternidad.

La lucha era a veces literal. En Paraguay los misioneros enviaban a los indígenas a “capturar” a sus parientes que intentaban evitar el contacto, y a “traerlos” a las misiones. Los encuentros eran normalmente violentos, y acababan con indígenas muertos en ambos bandos (una de estas expediciones fue grabada en audio)<sup>18</sup>. Las almas recientemente contactadas, arrebatadas de la posibilidad de cazar o de encontrar su alimento por sí mismos, y reducidas a una absoluta dependencia de la caridad de la misión, a menudo se enfermaban y morían. Esa no era la principal preocupación de Nuevas Tribus: desde su punto de vista, los muertos estaban de todas formas destinados al fuego eterno, a no ser que antes aceptaran a Cristo como su Salvador.

Nada de esto pudo haber sido indiferente a la atención de Chagnon. Mientras que cita repetidamente a los misioneros evangélicos y a sus amigos para encontrar apoyos, no menciona en absoluto la polémica que los rodea. Los misioneros de Nuevas Tribus y los funcionarios del Gobierno de Estados Unidos son prácticamente los únicos grupos que escapan a sus críticas.

Vale la pena una digresión para recordar que, en los años setenta, se criticó mucho la promoción, por parte de los misioneros estadounidenses, aún sin darse cuenta, de los intereses de su Gobierno en Latinoamérica, en particular como vigilantes de actividad izquierdista. Es un viejo adagio, pero es importante recordar que la izquierda latinoamericana era una de las principales preocupaciones de Washington en esa época. Estaba aún fresco el recuerdo de la crisis cubana de los misiles en 1962 y de la muerte del Che Guevara cinco años después, cuando trataba de fomentar la revolución en la selva boliviana.

Aunque Chagnon habla abiertamente sobre su intento de llevar a un funcionario del Departamento de Estado a los yanomamis “para que pudiera ver de primera mano a los indígenas sin cultura de la cuenca amazónica” (el viaje fue impedido por los católicos), no hace ninguna mención (al menos en su libro) de una visita mucho más importante que sí tuvo lugar. El 7 de marzo de 2013 Michael Skol, un consultor de “libre comercio”, escribió al New York Times explicando que cuando era embajador de Estados Unidos en Venezuela, a principios de los años noventa, acompañó a Chagnon a ver a los yanomamis, pues su “presencia en ese viaje era necesaria para asegurar el acceso [a Chagnon], ya que ciertos individuos con buenas conexiones se oponían a sus actividades”.

<sup>18</sup> <http://www.survival.es/noticias/8203> y <http://assets.survivalinternational.org/documents/706/manhunt-paraguay-noise-reduction.mp3>.

Él no dice por qué esto era un deber del embajador estadounidense, especialmente en un momento en el que la imputación presidencial, las revueltas mortales y los golpes de estado fallidos (que finalmente llevaron al poder al acérrimo antiestadounidense Hugo Chávez) debían de mantenerlo ocupado en Caracas. No sorprende que alguien en su posición, tal y como él lo hace, no esconda su sesgo político, aunque es bastante extremo: por ejemplo, él piensa que Estados Unidos ha hecho más que cualquier otro país para defender la “democracia” en América Latina<sup>19</sup>.

La afirmación de Skol se convierte en tautológica cuando uno se da cuenta de que define “pro democracia” como sinónimo de “pro Washington”. Sirvan de ejemplo los siguientes intercambios entre el entrevistador, Andrés Correa, y Skol durante una entrevista en el podcast Venezuela Libre (que data de finales de 2012 o principios de 2013). Correa [18m: 47s]: “Algunos analistas dicen que uno de los motivos de la popularidad de Chávez... fue que denunció las terribles relaciones que el Gobierno de Estados Unidos tuvo con la región en los años setenta y ochenta, cuando apoyó dictaduras e invadió algunos países. ¿Está usted de acuerdo con esto...?” Skol: “...no puede encontrar ningún otro país, en ningún sitio... que, empezando por Ronald Reagan, prestara más apoyo y actuara más a favor de la democracia, de la verdadera democracia, en Latinoamérica, que Estados Unidos”. Después [31m:15s] Skol ofrece su opinión sobre las relaciones entre Washington y los gobiernos latinoamericanos. Skol: “...En un determinado momento [el presidente chileno Pinochet, el dictador militar que en 1973 usurpó el poder en un golpe de Estado muy sangriento, y apoyado por Washington], quería, de hecho, poner fin al plebiscito que se estaba llevando a cabo para ver si Chile debería... volver a la democracia. Pero, sin entrar en demasiados detalles sobre lo ocurrido..., Estados Unidos sabía lo que estaba ocurriendo y le dijo a Pinochet que no perturbara el plebiscito. No creo que tengamos la influencia necesaria para presionar a Chávez del mismo modo... Sé que no tenemos la influencia suficiente para hacer el tipo de cosas que fuimos capaces de hacer en Chile al final de la era de Pinochet”.

En cualquier caso, Skol está claramente impresionado con Chagnon, tal vez en exceso. A pesar de haber hecho una crítica extraordinaria de su reciente libro<sup>20</sup> (es la principal “crítica” del libro de Chagnon en la web Amazon.com -en inglés-y la colgó unos días después de la publicación del libro y le da la mejor nota posible), y de haberlo acompañado al terreno, Skol opera desde una absurda fantasía que Chagnon, tal y como debe ser,

<sup>19</sup> <https://soundcloud.com/free-venezuela/free-venezuela-podcast-3>.

<sup>20</sup> [http://www.amazon.com/Noble/Savages-Dangerous-Yanomamo-Anthropologists/dp/0684855100/ref=cm\\_aya\\_orig\\_subj](http://www.amazon.com/Noble/Savages-Dangerous-Yanomamo-Anthropologists/dp/0684855100/ref=cm_aya_orig_subj).

nunca se atribuye: que el antropólogo fue el “descubridor” de los yanomamis<sup>21</sup>.

Además de su dependencia de los funcionarios estadounidenses, y sin tener en cuenta su estatus como excatólico y ateo, no hay duda de que Chagnon tenía mucha cercanía y dependencia de los evangélicos. Construye su casa como un anexo a la de éstos. Ellos van a su rescate cuando no aparece. Él usa sus bases, sus pistas de aterrizaje y sus radios. Incluso le facilitan su primera llegada a una comunidad indígena. Chagnon parece sugerir que esto es algo casi accidental. Admite haber “visitado brevemente” al misionero, James Barker, en Chicago antes de partir para Venezuela, diciendo “que por coincidencia” llegaron a Venezuela al mismo tiempo, y asegurando que Barker “se mostró algo sorprendido cuando lo vio” en la sede de la Misión Nuevas Tribus (Chagnon 2013: 16). No entiendo por qué habría de sorprenderse, puesto que ambos se habían visto poco antes en Estados Unidos. Chagnon insiste en que su encuentro en Venezuela fue accidental y, sin embargo, él accede al territorio yanomami a través de la sede de las Nuevas Tribus, y elige como su base la misma en la que reside Barker (una elección un tanto extraña para un antropólogo que supuestamente va buscando indígenas “prístinos”). (ibid).

Su libro y de hecho todo el retrato del “Brutal salvaje” constituyen un respaldo implícito al pensamiento de los evangélicos. ¿Podría esto explicar por qué la Misión Nuevas Tribus, una organización normalmente desconfiada hacia los antropólogos, dio a éste, en concreto, tanta asistencia?

Aunque Chagnon acabó discutiendo con algunos evangélicos, como con prácticamente todo el mundo, está clara su lealtad en los inicios. Por ejemplo, en 1966, dos años después de haber comenzado su trabajo de campo, envió a la Misión Nuevas Tribus un donativo, y añadió: “Deseo expresar mi satisfacción con la forma en que sus trabajadores sobre el terreno han llevado a cabo sus tareas de evangelización de los yanomamö y les deseo todo el éxito posible”<sup>22</sup>.

Los evangélicos no son los únicos misioneros activos en la tierra yanomami: también hay católicos. Por toda la Amazonía, las dos religiones se tienen animadversión mutua: ninguna acepta a la otra como “cristiana” (algunos evangélicos piensan que el papa no representa al “Vicario de Cristo”, sino al Anticristo). Como un paréntesis, hay que tener en cuenta que las misiones católicas con los yanomamis de Brasil también son muy distintas de las de Venezuela.

<sup>21</sup> Ver la Carta al Director de Michael Skol , Sunday Book Review, The New York Times, 7 de marzo de 2013.

<sup>22</sup> La carta de Chagnon con fecha 19 de septiembre aparece publicada en Brown Gold, noviembre de 1966, p. 10.

Chagnon dice ser neutral, pero no lo es. Tanto los católicos como las Nuevas Tribus tienen la política de atraer a los indígenas a sus misiones. Chagnon ataca a los católicos por ello, pero no a los evangélicos (al menos, no en este libro) (Chagnon 2013: 417). Acusa repetidamente a los católicos de cometer crímenes monstruosos, como “en la práctica... comprar a los niños y quitárselos a sus padres”, ser “culpables de complicidad en la muerte de yanomamös por sarampión” (aunque la epidemia fue introducida por los evangélicos, como ellos mismos admiten), ser responsables de numerosos asesinatos por haber dado a los indígenas rifles (un hecho que se repite muchas veces, pero solo en referencia a los católicos; anteriormente Chagnon había echado la culpa a los evangélicos también<sup>23</sup>, pero no lo hace en su último libro), animar a que los yanomamis robaran al antropólogo, etc.

¡Incluso nos dice que un sacerdote sugirió a Chagnon asesinar a otro católico por tener una relación con una mujer indígena! Puede que todo esto sea cierto, no quiero ponerlo en duda. Esto último es una acusación obviamente grave y calculada: uno se pregunta por qué Chagnon no fue más lejos con el tema (y, por lo tanto, de qué consideraba el cura capaz a Chagnon). Igualmente extraño, teniendo en cuenta la opinión de Chagnon sobre los católicos, es por qué se sorprende y se siente herido cuando dejan de alojarlo y alimentarlo.

Tal y como hacen los evangélicos, Chagnon enfatiza repetidamente que los indígenas son “paleolíticos”, “neolíticos”, “de la Edad de Piedra”, “salvajes”, “realmente primitivos”, “avariciosos”, “egoístas”, “mendigos”, además de “puros” y “prístinos”. Nos informa con seriedad que los indígenas no “misionizados, tienen un ‘lado salvaje’” que los otros han perdido. El antropólogo nos dice que son “diferentes de los animales” porque tienen fuego (Chagnon 1977: 9). Sinceramente, todo esto suena mucho más satánico que científico.

El portavoz yanomami más destacado en Brasil, Davi Kopenawa, ha hecho quizás el resumen más sucinto sobre Chagnon: “Él dijo... que los yanomamis son salvajes; enseña falsedades a los jóvenes estudiantes” (Kopenawa ha publicado un libro en inglés en el que dedica un capítulo a refutar las ideas de Chagnon)<sup>24</sup>.

Chagnon, no obstante, está convencido de que otros académicos, especialmente aquellos que han trabajado con los yanomamis, no han podido vivir su experiencia única. Aunque él no fue el primer antropólogo

<sup>23</sup> “Varios misioneros, tanto católicos como protestantes, me han contado que les gusta regalar artículos de consumo como rifles y linternas, pues hace a los indígenas dependientes de ellos”, Chagnon, 1977: 149.

<sup>24</sup> Davi Kopenawa (con Bruce Albert) está publicado en inglés con el título *The Falling Sky* (Harvard University Press, 2013). Ver: <http://assets.survivalinternational.org/documents/929/kopenawa-sobre-chagnon.pdf> El libro de

que trabajó con esta tribu, a menudo nos dice que es “la primera” o “la última” persona (o ambas) que presenció lo que él vio. Como muestra de lo primero tomemos la experiencia de Otto Zerries, quien escribió varios artículos sobre los yanomamis (conocidos como waika a partir de su trabajo de campo en los años cincuenta, diez años antes de que apareciera por allí Chagnon). Chagnon reconoce este hecho en su tesis original diciendo: “No intenté recopilar datos sobre todos los aspectos de la cultura yanomamö. Hans Becher (1960) y Otto Zerries (1964) ya lo habían hecho. En vez de eso, me concentré en la organización social, el patrón de asentamiento, la guerra y la ideología de los yanomamö” (Chagnon 1966: 15) y “los datos de Zerries son excelentes y sus conclusiones buenas; su trabajo más importante (1964) seguirá siendo la fuente etnográfica básica sobre los yanomamö durante muchos años” (Chagnon 1966: 49). En el último libro de Chagnon, sin embargo, parece haber cambiado su guión y menosprecia por completo los escritos de Zerries. Solo dice, y es muy extraño: “el ayudante de investigación [de Zerries], Meinhard Schuster (Schuster 1958), publicó observaciones, en general acertadas, pero superficiales, sobre la organización social yanomamö” (Chagnon 2013: 406). Aunque Zerries ocasionalmente menciona asaltos, a diferencia de Chagnon él no se centra en la supuesta ferocidad o “guerra” de los yanomamis.

Chagnon pone en aprietos a sus críticos, asegurando (al igual que Steven Pinker y Jared Diamond) que él tiene los datos científicos y que los demás esconden la verdad, por ignorancia o por motivos políticos, una acusación que obviamente puede hacerse fácilmente contra él mismo.

Los yanomamis lidian con el duelo de forma completamente distinta a la nuestra. Les aflige tanto la pérdida que intentan activamente apartar su mente de la persona muerta, incluso no mencionando su nombre durante los largos rituales fúnebres. Ya jubilado, y con setenta y tantos, ahora Chagnon trata de hacer lo contrario y autoerigirse un memorial que perdure.

Creo que lo ha conseguido, pero, afortunadamente (como su imperial tocayo francés), probablemente no por los motivos que a él le gustaría<sup>25</sup>. Parece creer que ha descubierto una nueva y revolucionaria verdad sobre la humanidad; no soy yo el único que piensa que, simplemente, es el principal promotor de un fatigante y peligroso mito sobre el “Brutal

<sup>25</sup> Es irrelevante, pero tal vez entretenido, señalar que la extraordinaria tumba de Napoleón Bonaparte en París exalta “los principales logros de su reinado” como: “pacificación de la nación, centralización administrativa, Consejo de Estado, Código civil, Concordato, Universidad Imperial, corte de cuentas, código mercantil, grandes obras, Legión de Honor”. (<http://www.musee-armee.fr/es/coleccion/los-espacios-del-museo/domo-des-invalides-tumba-de-napoleon-iero.html>) La mayoría de nosotros, sin embargo, lo conoce como un general brillante que intentó conquistar Europa, pero fracasó.

Salvaje”. Hay muchos que, por supuesto, quieren creerle, pero, tal vez, sea principalmente porque sus ideas parecen validar la “supremacía moral” de los poderosos estados-nación y el colonialismo que entraña.

En cualquier caso, no hay duda de que Chagnon ha desempeñado un papel protagonista en el debate permanente sobre los pueblos indígenas y su lugar en el mundo. Esto va más allá de ser mera palabrería académica: es clave para determinar su futuro. Lo que el mundo piensa de ellos influye, e incluso dicta, lo que les ocurre. El que las tribus sean percibidas como “Brutales Salvajes” o meramente como humanos alimenta la justificación filosófica para la manera en que se los trata: estas ideas son tanto o más importantes que el valor de las tierras indígenas que gobiernos y empresas quieren usurpar.

Chagnon admite abiertamente que la metamorfosis de los yanomamis es “el mejor ejemplo de un pueblo beligerante y agresivo”, es, “en gran medida”, un producto suyo (Chagnon 1977: 162). Aunque él lo niega rotundamente, su representación asiste, sin lugar a dudas, a aquellos que quisieran atacar los derechos indígenas<sup>26</sup>. Por ejemplo, basándose en la reputación de los yanomamis, en los Estados Unidos, producto de las obras de Chagnon, un importante periódico brasileño, *Folha de São Paulo* (7 de abril de 1990), los llamó “un pueblo feroz que practica el maltrato a las mujeres y el infanticidio femenino”. El artículo, titulado “Feministas atacan a los yanomamis”, fue publicado al tiempo que miles de buscadores de oro invadían el territorio de los yanomamis, extendiendo enfermedades y violencia. Citaba a un grupo de feministas estadounidenses que describían a los yanomamis como “una cultura brutal y primitiva” y se preguntaban: “¿Se merece esta sociedad protección contra el s. XX?. O, por plantearlo de otro modo, ¿son los buscadores de oro los verdaderos forajidos en esta historia?” (Albert 2005: 210–233). Varios buscadores de oro fueron condenados por genocidio por una masacre de yanomamis en 1993, lo que indica que los tribunales brasileños desde luego pensaban que los “forajidos” eran los mineros, no los yanomamis. Albert menciona otras pruebas de que el trabajo de Chagnon creó una nueva y dañina imagen de los yanomamis (Borofsky 2005: 161-163). Otro antropólogo, J. Shapiro (que trabajó con los yanomamis en 1968), escribió en *Time* en 1976: “Ahora, bajo el prisma de la etología y sociobiología pop, los yanomamö son considerados no solo como ‘indios salvajes’ sino como apenas diferentes de una manada de babuinos. Es la familiar tendencia a ver a otros grupos de personas como menos completamente humanos que nosotros, aquí disfrazada de ciencia”.

<sup>26</sup> Ver también S. Corry, *Tribal peoples for tomorrow's world* (próximamente disponible en español con el título *Pueblos indígenas para el mundo del mañana*), Freeman Press, Alcester, 2011, p. 253; B. Albert y A.R. Ramos, “Yanomami Indians and Anthropological Ethics”(“Indígenas yanomamis y ética antropológica”), *Science*, vol 244, 1989, p. 632.

Los indígenas se enfrentan aún a numerosos problemas, pero al menos están ganando en un terreno: una de las áreas de selva protegida más grande del mundo es la de los yanomamis brasileños. Aunque aún sufren invasiones ilegales, su tierra está claramente en mejores manos que si estuviera controlada por los que tratan de vincular la mal llamada “conservación” moderna con sus orígenes imperiales, donde “los nativos” se ven como un impedimento a la “naturaleza”.

Independientemente de la postura que uno adopte, nadie puede sugerir que la visión que Chagnon tiene de los yanomamis sea significativamente distinta a la de la vieja perspectiva colonial sobre los indígenas: supuestamente eran reliquias de un pasado en el que reinaba un salvajismo brutal. En mi opinión, aquellos que no ven lo que hay de malo en ello, no entienden que la perpetuación de estereotipos dañinos aunque a veces comprensibles para incitar a la agresión en una guerra, no es aceptable en el debate público o académico.

Por supuesto, existen yanomamis asesinos, al igual que estadounidenses asesinos. Pero los números deben usarse con mucho cuidado. Incluso cuando aseguran tener validez científica, es fácil demostrar que la selección, por no hablar de “inflar”, datos que pretenden medir la “violencia” (o la “paz”), puede acabar al servicio de casi cualquier punto de vista (por ejemplo, ¿deberíamos contar a los veteranos de guerra estadounidenses que se suicidan como bajas de guerra, puesto que ya son más los primeros que las segundas?). Independientemente de cómo lo midas, cualquier afirmación como “los latinoamericanos son más violentos” solo puede tener más peso político que científico (prueba a sustituirlo por “afroamericanos” o “inmigrantes”).

Otro ejemplo ilustrativo es el Instituto para la Economía y la Paz (IEP), fundado por un hombre de negocios australiano en 2009, y que publica un “índice global de paz” (GPI por sus siglas en inglés) sobre el que se menciona con frecuencia que se trata de “la principal medición objetiva de la paz relativa en los estados-nación del mundo”. En respuesta a la pregunta “¿Cómo se financia el IEP?” no hay nada en la página web, que dice solo que inicialmente fue financiado por su fundador. (ver más en: <http://www.economicsandpeace.org/about-us/faq>). También dice: “El sector privado utiliza el GPI para identificar los incentivos financieros de la paz y para formar alianzas de negocios para tener una influencia positiva sobre las políticas gubernamentales”. El “índice” se deriva de veintitrés “indicadores”, ponderados de manera bastante compleja. Entre éstos se encuentran, por ejemplo, “facilidad para acceder a pequeñas armas”, “financiación para misiones de paz de la ONU”, exportaciones de armas y “criminalidad percibida”, todos los cuales podrían por ejemplo ser bastante altos en lugares relativamente pacíficos. Los indicadores, por otro lado, excluyen el suicidio, gran parte de la violencia doméstica contra

mujeres y niños (incluyendo la mutilación genital femenina y el infanticidio) y el aborto selectivo por preferencia de sexo (habitual en la India y China). Estas cifras también ignoran el hecho de que se estime que un 24% de la población inglesa, principalmente mujeres, haya sido víctima de violencia física o sexual o de algún tipo de abuso (ver más en: [http://www.natcen.ac.uk/media/1107157/rev%20apms\\_a4%20\(2\).pdf](http://www.natcen.ac.uk/media/1107157/rev%20apms_a4%20(2).pdf)). Como siempre, el grado de violencia o de paz en cualquier sociedad populosa depende de a qué sector en concreto le preguntes.

Puede que la verdad sea prosaica, ordinaria y que no venda libros, pero ni los yanomamis ni los pueblos indígenas en general son más “Brutales Salvajes” que el resto de nosotros. El trabajo de Chagnon no prueba lo contrario.

Y, a pesar de ello, se ha convertido en la principal copla, en la supuesta “evidencia científica”, que se recita siempre que se predica el credo del “Brutal Salvaje”. Hacer representar a los desafortunados yanomamis ese papel es, francamente, diabólico.

## Bibliografía

- ALBERT, B.  
1989 Yanomami ‘violence’: inclusive fitness or ethnographer’s representation. *Current Anthropology* 20 (5): 637–640.
- ALBERT, B. Y RAMOS A. R.  
1989 Yanomami Indians and Anthropological Ethics. *Science*, 244, p. 632.
- ALBERT, B.  
2005 Derechos Humanos y la ética de la investigación entre pueblos indígenas: comentarios finales. En Borofsky (Ed.), *Yanomami: the fierce controversy and what we can learn from it*, pp. 210–233. University of California Press, Berkeley.
- ANTROSIO, J.  
2013 Shoddy Antropology & Gun Control: Human Nature, Culture, History. *Living Anthropologically*. Recuperado 24 de mayo de 2013 de: <http://www.livinganthropologically.com/2013/03/05/shoddy-anthropology-gun-control/>
- BIOCCA, E.  
1969 Yanoáma: The Story of a Woman Abducted by Brazilian Indians. George Allen & Unwin, Londres.
- CHAGNON, N.  
1966 Yanomamö Warfare, Social Organization and Marriage Alliances. Tesis Doctoral no publicada, University of Michigan. Ann Arbor, Michigan.

- 1968 Yanomamö: The Fierce People. Holt, Rinehart & Winston, Nueva York.
- 1977 Yanomamö: the fierce people (2ª ed.), Holt, Rinehart & Winston, Nueva York.
- 1983 Yanomamö: The Fierce People. (3ª ed.). Holt, Rinehart & Winston, Nueva York.
- 1988 Life Histories, Blood Revenge and Warfare in a Tribal Population. *Science*, New Series 239 (4843), pp. 985–992.
- 1989 Response to Ferguson. *American Ethnologist* 16: pp. 565–570
- 1992 Yanomamö: The Fierce People. (4ª ed.). Holt, Rinehart & Winston, Nueva York.
- CORRY, S.  
2011 Tribal Peoples for Tomorrow's World. Freeman Press, Alcester.
- CROUCHER R. *et al.*  
(2003, julio) Pokemon and Evil Spirits. John Mark Ministries. Recupero de: <http://www.jmm.org.au/articles/371.htm>.
- FERGUSON, R.  
1995 Yanomami Warfare: A political history. SAR Press, Santa Fe.
- Fry, D.  
2013 “War, Peace and Human Nature: the Challenge of Scientific Objectivity” (“Guerra, paz y naturaleza humana: el reto de la objetividad científica”), en D. Fry (ed), *War, Peace, and Human Nature: The Convergence of Evolutionary and Cultural Views* (Guerra, paz y naturaleza humana: la convergencia de perspectivas evolucionistas y culturales), OUP, Oxford, 2013, pp. 1–22.
- HERZOG-SCHRÖDER, G.  
2000 Okoyōma–Die Krebsjägerinnen. Vom Leben der Yanomamī-Frauen in Südvenezuela. LIT-Verlag Münster, Hamburgo.
- LARSON, G.  
1987 The Structure and Demography of the Cycle of Warfare among the ilaga Dani of Irian Jaya. (Vols. I y II) Tesis Doctoral, University of Michigan.
- LIZOT, J.  
2004 Diccionario enciclopédico de la lengua yānomāmī. Vicariato Apostólico, Puerto Ayacucho.
- MATTEI MÜLLER, M. C.  
2007 Lengua y cultura yanomamī: diccionario ilustrado. UNESCO, Caracas.

- MIKLIKOWSKA, M. Y FRY, D. P.  
2012 Natural Born Nonkillers. En D. Christie & J. Pim (eds), *Nonkilling Psychology*, p. 55. Center for Global Nonkilling, Hawaii.
- MORGAN, J.  
1979 (1852) *The life and adventures of William Buckley: Thirty-two years as a wanderer amongst the aborigines*. Australia National University Press, Canberra.
- PINKER, S.  
2012. *Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus implicaciones*, Paidós, Barcelona.
- RITCHIE, M.  
2000 *Spirit of the Rainforest: a Yanomamö Shaman's Story*. Island Lake Press, Chicago.
- SMITH, E. A. & SMITH, S. A.  
1994 Inuit Sex-Ratio Variation: Population Control, Ethnographic Error, or Parental Manipulation. *Current Anthropology* 35(5) pp. 595-659.
- WILBERT, J. Y SIMONEAU, K.  
1990 *Folk Literature of the Yanomami Indians*. UCLA, Latin America Center Publications, Los Ángeles.
- ZERRIES, O.  
1964 *Waika: die kulturgeschichtliche Stellung der Waika-Indianer des oberen Orinoco im Rahmen der Völkerkunde Südamerikas*. Klaus Renner Verlag, Munich.
- ZERRIES, O. Y SCHUSTER, M.  
1974 *Mahekodotedi: Monographie eines Dorfes der Waika-Indianer (Yanoama) am oberen Orinoco (Venezuela)*. Klaus Renner Verlag, Berlin.

---

Stephen Corry

Survival International, 6 Charterhouse Building, London EC1M 7ET, Reino Unido. [stephen.corry@survival.es](mailto:stephen.corry@survival.es)

---